

SIGLO XXI: UNIVERSIDAD Y VALORES*

Jorge Martínez Busch
Almirante

Introducción

LA Universidad es fundamental para el siglo XXI. El futuro de Chile, en tal vez su principal desafío, exige su mayor esfuerzo y capacidad para prever los problemas de este nuevo tiempo que se aproxima, caracterizado por un gran incentivo de cambios en lo tecnológico. Lo que hoy es novedad, mañana estará anticuado. Sin embargo, a mayor avance en el bienestar material y desarrollo tecnológico, no sucede igual progreso en la calidad integral de la persona. A este respecto, más bien se retrocede hacia formas y costumbres superadas hace tiempo, pero que vuelven a reaparecer como olas de un mar tempestuoso que desnaturalizan al hombre en su condición humana. Así, pareciera que el hombre de hoy se apartara minuto a minuto de su Humanidad.

Una base de análisis

En la historia de la cultura y con ella el sentido de una civilización, el problema permanente del intelecto del hombre ha sido resolver la relación entre la materia y el espíritu. La creación de ideas para interpretar el sentido de la vida ha oscilado entre una visión enteramente materialista y una visión totalmente abstracta, separando la unidad del cuerpo y del alma. Para concretar la visión materialista se ha establecido la ideología y para tratar de hacer posible la visión inmaterial se ha planteado la utopía. En

la historia de la cultura la tendencia ha sido acercarse a estos límites extremos; sólo con la llegada del cristianismo la Iglesia ha centrado este problema del pensamiento al presentar al hombre como una entidad real en la unidad del cuerpo y del alma.

Sin esta unidad no puede responderse a la existencia simultánea en la conciencia del hombre de un sentido tanto de permanencia como de trascendencia. Sin tal unidad no hay continuidad para entender el sentido del tiempo que se encuentra en toda la vida humana. Ausente dicha unidad, la mente se encuentra al final de su existencia con un vacío terminal si la visión es material, pero si ésta es completamente inmaterial se separa del origen sin explicarse el por qué tuvo vida. En ambos casos, forzando la naturaleza, estas concepciones conducen al hombre a irrealidades, ya que ambas—las ideologías y las utopías— presentan mundos que sólo estarán en la mente del hombre y no en la realidad del universo.

Cuando la doctrina cristiana plantea que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, está señalando una unidad y una continuidad. La unidad es la no separación del cuerpo y del alma y la continuidad constituye la relación con Dios del Ser, que es parte de su obra y creación divina. Plan divino, dirían los teólogos, plan que sólo se comprende si la existencia humana tiene un sentido final: Trascender en la unidad de la persona para llegar a Dios en la Eternidad, después del Juicio del Fin de los Tiempos.

* Texto de la Clase Magistral dictada por el Comandante en Jefe de la Armada, Almirante don Jorge Martínez Busch, en la inauguración del año académico de la Universidad Marítima de Chile, Viña del Mar, el 13 de abril de 1992.

La idea de la unidad y de la continuidad ordenan la vida humana hacia el fin último que es Dios. La Iglesia católica ha señalado que este ordenamiento es el resultado de la acción de la búsqueda y conocimiento de la Verdad dentro de los límites materiales del hombre. La búsqueda de Dios, acción que primariamente es un profundo acto de fe, también resulta ser un esfuerzo de la mente humana, en donde se generan pensamientos racionales pero siempre limitados.

Siendo uno de los atributos de Dios el absoluto, los pensamientos que llevan a El son esfuerzos débiles y muchas veces los raciocinios creadores conducen a callejones sin salida que llenan la mente de dudas. Es aquí donde el hombre recurre a sus semejantes para buscar un apoyo que le ayude a resolver la duda o que le aclare y ordene su mente.

Pero aun así el apoyo y la participación de otros hombres no significa seguridad para que sean resueltas las interrogantes y se avance en la dirección correcta. Se hace necesaria una guía que permita encauzar la elaboración de ideas hacia un fin posible.

La Iglesia católica comprende este problema y crea la Universidad, entidad original de la cultura cristiana occidental surgida de la razón de ser creación; la búsqueda de la verdad en torno a la unidad. Esta misma razón hará decir a Francisco de Vitoria que "La teología debe ocuparse en todos los asuntos, incluyendo el discurrir intelectual, ya que ella todo lo impregna".

Sólo cuando la unidad cuerpo-alma es abandonada se cuestiona la verdad. En la medida que el intelectual se aleja de ella, el pensamiento se oscurece y se oscila de nuevo entre la ideología y la utopía.

Sin la verdad, los caminos del pensamiento conducen a los abismos sin fondo del vacío existencial y como se ha separado del concepto de la continuidad, este pensamiento se queda en el extremo del materialismo. De esta manera se suprime todo sentido trascendente y la existencia se reduce sólo a la permanencia, con lo cual desaparece el orden y aparece el desorden presentado por la concepción antropocéntrica de la vida humana.

En consecuencia, si la Universidad quiere ser fiel a su origen, éste es el primer problema que debe resolver para asumir su rol como una organización que a través del estudio y del esfuerzo una a los hombres que la forman en torno a la verdad. Así, o considera a la verdad como lo absoluto, atributo sólo de Dios, o se queda en la búsqueda antropocéntrica de la ciencia y del conocimiento.

Desgraciadamente, el mundo actual está acercándose cada vez más hacia el extremo materialista del pensamiento, lo que explica el mayor y creciente desorden en la existencia humana.

Algunos factores que afectarán a la Universidad

Hay ciertos factores que contribuyen a este desorden y que van a condicionar con creciente fuerza el accionar de la Universidad, en la medida que nos acercamos al siglo XXI:

—*El crecimiento de la población.* Al ser abandonada la educación de la persona como un acto integrado por un proceso de formación en torno a valores, en donde se establezca una *ética* y de ella se derive una moral que regule las conductas y oriente a la persona hacia un sentido trascendente de la vida humana, la creciente población tendrá cada vez menos puntos de referencias individuales de modelos que corrijan sus conductas en el seno de la familia. Esta ausencia de personas instruidas en un ordenamiento de valores que permita orientar las acciones de cada uno atenta directamente contra la constitución de la familia, particularmente porque una escala valórica siempre se materializa en un sentido de *responsabilidad* y en un sentido de *autoridad*.

Es bueno recordar que la familia es fundamentalmente un ente ligado por valores que se inician y se mantienen en el amor, en su sentido integral, en donde la solidaridad está presente en cada instante para ayudar a cuidar de sus miembros. La solidaridad significa asumir los sentimientos y necesidades de los demás y dar todo lo que se tiene a las otras personas sin preocuparse del yo. Al amor le sigue la virtud de la caridad y ella, a su vez, refuerza el amor en una permanente interacción que da estabilidad al ser humano.

Así, aflojados los lazos que mantienen la vida de la familia, al carecerse de referencias éticas y de valores, a sus miembros no les quedará otro camino que refugiarse en el más descarnado egoísmo, desarrollando mecanismos de defensa, que se plasmará en unirse a un grupo de personas en igualdad de situaciones. Este mecanismo de defensa trasladará al grupo el sentimiento de seguridad y de preservación que caracteriza a la familia. Al no estar presentes los valores de la tradición y de la historia, unidos al sentido de pertenencia a un apellido determinado con un pasado y un presente y que busca un futuro, ellos no se continuarán transmitiendo a las generaciones futuras, con

lo cual tendremos entonces seres humanos sin raíces.

Este fenómeno ya está ocurriendo en muchos de los grandes centros urbanos del mundo occidental. Cuando existen seres humanos sin historia se puede expresar que tampoco está en ellos el sentido de nación, ese cuerpo esencialmente intangible en donde se identifican todos los seres humanos que se sienten unidos por un lazo común al tener una misma cultura, una misma historia, un mismo lenguaje, un mismo espacio geográfico, los mismos valores éticos y morales y el sentimiento de ser solidarios entre todos los que así se reconocen.

Sin sentido de nación tampoco se puede hablar de patria como la tierra de los padres; por lo tanto, el territorio que se ocupa y en donde se está asentado no tiene suficiente importancia como para que se llegue a dar la vida en su defensa, si así fuera necesario. Por esto —y con las mayores probabilidades— el alumno que ingrese a la Universidad tendrá carencias, cada vez más observables, de una ética y una moral sólida y consistente, de un sentido de familia claro y definido, de un concepto de nación y de patria nacido del conocimiento de la tradición y la historia y quizás sin el amor necesario para convertirse en líder para encauzar la sociedad del siglo XXI con su ejemplo y heroísmo.

La masa es incompatible con la identidad de la Universidad. La Universidad debe ser para la persona y no para la multitud, de manera que su esfuerzo apunte a dotarla de un intelecto lo más rico posible en los valores de la cultura cristiana occidental y no en los valores de una cultura materialista, hedonista y consumista, nacida del abandono de la verdad.

—*La tendencia a la globalización y la pérdida de la individualidad.* A no dudarlo, ha sido las comunicaciones el medio que más ha contribuido a que se vaya extendiendo el concepto de que hoy es más natural ser ciudadano del mundo que ser ciudadano de un Estado-Nación. La televisión es la principal herramienta que ha tratado de derribar fronteras. Las culturas nacionales están siendo olvidadas y relegadas a una "cosa curiosa" por quienes creen que ahora sólo se es moderno si se pierde la propia identidad cultural. Esta tendencia lleva a que se piense que todo modelo de organización extraño a la propia solución es mejor que la creada como consecuencia de una vivencia histórica única y propia. Las costumbres originadas en una idiosincrasia determinada, con una forma de ser individual nacida en una realidad geográfica que influye el carácter del hombre que vive en un territorio determinado, están siendo cambia-

das por la superposición de otras costumbres y de otras idiosincrasias, todo lo cual —en definitiva— lleva a que no se sienta el orgullo de ser distinto, de tener una identidad característica. Se tiende a no identificarse con ningún cuerpo cultural determinado.

El problema de la televisión, más que de la radio o la prensa, que son medios que obligan a desarrollar procesos mentales de aprehensión por medio de la concentración, la atención y el análisis, se plantea por la entrega de la información mediante imágenes de gestos y actitudes, en vez de pensamientos y luego razones, en la búsqueda de la verdad. Sólo las personas maduras y desarrolladas, capaces de reflexionar en niveles más profundos, obtendrán más que imágenes al observar la televisión. Para el término medio sólo quedará la superficialidad de la imagen y de la forma, no de su contenido. El audio es olvidado, la imagen queda en su carácter de inmediatez, de ser pasajera y no permanente. Y qué decir de la pérdida de la belleza al resaltar la fealdad como un bien deseado y por esta vía darle más sentido al odio que al amor.

¿Será este universo superficial, que ya parecen poseer tantos niños y adolescentes que permanecen durante horas frente a un televisor, el que traerán mañana, cuando ingresen a la Universidad? No me cabe la menor duda que la Universidad tendrá que recomponer el mecanismo de análisis y raciocinio de muchos de ellos. La profundidad de los estudios universitarios así lo exige, ya que de lo contrario se corre el riesgo de no lograr los profesionales que el siglo XXI requiere. Pensar por sí solos y pensar bien será cada vez más difícil; de paso, habrá que realizar los mayores esfuerzos para estimularlos y recomponer su personalidad restituyéndoles el orgullo de ser personas únicas y auténticas y no imitadores de gestos y de posturas provenientes de otras culturas que incluso están cayendo en una pérdida creciente del lenguaje y del idioma. Esto implica, además, una mayor dificultad en la comunicación y con ello un aislamiento interior que aumenta la sensación de soledad que se advierte en el creciente número de jóvenes que conforman el universo universitario.

—*El miedo al dolor y al conflicto.* Para quienes creen que la única razón de vivir es tener una existencia llena de goces materiales en una visión existencial en donde sólo el propio yo tiene valor, el miedo al dolor los ha llevado a la debilidad progresiva del espíritu y del carácter, como queriendo suprimir la realidad de nuestra naturaleza humana.

Naturalmente, para quien busca la perma-

nente satisfacción de los sentidos en torno a todos los placeres posibles, el dolor no encaja en su construcción del Paraíso en la Tierra, utopía definida. Así, el sentido humano del dolor, que obliga a mirar hacia el propio interior cuando se presenta y permite escuchar a la conciencia, se intenta suprimirlo cueste lo que cueste. Se evita el dolor a toda costa y por esta vía se suprime la firmeza de carácter, el espíritu de lucha y el deseo de superación, terminándose en un ser débil, blando, que abandona la defensa de lo propio, de aquello en que se cree, para llegar finalmente a la indiferencia frente al resto del grupo humano porque nada merece la pena. Quizás aquí se encuentre una de las causas de por qué más personas recurren a las drogas, por qué no se cuestiona el aborto y por qué se elige el camino fácil del divorcio.

Dolor es siempre dificultad, sufrimiento, frustración y la condición humana es tal que en cada minuto de la existencia se está experimentando una dificultad.

En creciente medida, en algunos estratos sociales se observa esta debilidad. La Universidad no puede estar ajena a esta preocupación, pues al buscar la verdad llevará muchas veces al choque duro y doloroso con la realidad, consigo mismo y con otras voluntades; y la Universidad debe saber que —con más frecuencia de lo que se cree superficialmente— se crece espiritualmente en el dolor.

Una visión de la Universidad

La Universidad fue y será el eslabón que une un estadio inferior de la cultura con el estadio superior siguiente. La visión cristiana del mundo resolvió el problema de una civilización materialista cuando esta visión aparece en la historia. Sin embargo, después de veinte siglos, el materialismo —como una visión doctrinaria para interpretar la existencia— dista mucho de estar desarraigado de la cultura. Los actuales vehículos de propagación de ideas y de actitudes, la existencia de grandes conjuntos de seres humanos —en donde se ha retrocedido hacia un primitivismo recubierto del oropel del avan-

ce tecnológico— y la creciente cantidad de personas que tienen el temor de luchar y crecer por miedo al dolor y a la dificultad, refuerzan el sentido de nudo y de encrucijada de caminos que debe tener la Universidad en la vida de nuestra sociedad.

Nudo en una red de interrelaciones, porque el hombre de la Universidad debe adquirir el compromiso y el deseo de ser líder para mostrar y entregar a su familia, grupo o nación, los derroteros hacia el encuentro con la verdad absoluta. Encrucijada de caminos, porque la Universidad debe ser el centro para el encuentro de los hombres que, llegando desde diferentes ámbitos de la cultura, en la discusión, en el análisis y en el estudio deben obtener el apasionante resplandor de la verdad perenne.

Así, la Universidad debe ser el espacio de recuperación del hombre culto y civilizado y no un lugar neutro y de tránsito. Ella debe asumir el compromiso contraído en el origen de sus raíces. Para ello debe volver a formar y debe hacerlo permanentemente. Hay que hablar de Dios, de caridad, de deberes antes que derechos, de obligaciones antes que de libertades. Y si esto significa que debe enseñar desde cómo estar en sociedad para convivir, pasando por el respeto a cada persona en la educación de los modales y cortesía, en donde se enseñe también el significado de la autoridad y su razón ética y moral de existir, esta tarea debe ser asumida y ejecutada como la más importante de todas las ciencias y artes. En esta labor el ejemplo es fundamental ya que en definitiva será todo el cuerpo universitario, con sus respectivos estamentos, los que harán trascendente a la propia Universidad al centrarse en estos valores.

Si el siglo XXI no es considerado como la posibilidad de ejecutar una tarea para recuperar y ser parte de una cultura realmente cristiana, se caracterizará por dar origen a una de las más crueles e inhumanas civilizaciones que haya tenido la historia. La Universidad, en la entrega, conservación y mantención de los valores de Dios, patria y familia que caracterizan a nuestra cultura, será la clave para evitarlo.

